

Algo más sobre el poeta Enrique Casaravilla Lemos

Sr. Director de "LA PLAZA"

Don Felisberto Carámbula.

Leí con interés el artículo que dedica el Sr. Luis Hierro Gambardella al poeta Enrique Casaravilla Lemos, en el número 2 de la revista "LA PLAZA". Se recuerda allí la intervención de nuestra querida amiga Esther de Cáceres en la edición de su libro póstumo, y yo quiero agregar otros dos nombres que fueron decisivos para esa publicación: uno, que tiene hondas resonancias en mis sentimientos, que es el de mi madre, y el otro, el del entonces Ministro de Instrucción Pública, don Juan Pivel Devoto. En una de las vacaciones que mis padres pasaron en Las Piedras, trataron más de una vez aquella personalidad atormentada y contradictoria que fue Casaravilla, y un día, en momento de íntima y abierta confianza, dijo que ya no le interesaba nada en la vida, ni sus poemas, en los que había dejado su alma y su corazón, y que todo iba a desaparecer, como desaparecería él. Al día siguiente mis padres embarcaron de regreso a Artigas y desde allí, mi madre escribió al Ministro Pivel Devoto, al que la unía relación amistosa con familiares, desde su época juvenil, en la ciudad de Salto. Por otra parte, mi padre mantenía cordial amistad con Pivel, creada en gran medida por la misma pasión puesta al servicio del estudio de la historia nacional y hasta en la admiración de nuestros próceres más representativos, aun cuando cada uno militaba fervorosamente en partidos políticos tradicionalmente adversarios. En su breve y hermosa carta, mi madre le habló de Casaravilla y de su entonces penosa situación, abatido por enfermedad que ya era de muerte. El Ministro respondió de inmediato con otra carta generosa en la que decía se ocuparía de la edición y que si la obtenía, juzgaría cumplida buena parte de su gestión como Ministro. Al fin se oficializó la publicación de Partituras Secretas cuyo trámite de selección, ordenamiento y corrección fue doloroso porque al Poeta ya nada interesaba sino sólo morir y así lo pedía constantemente. Entonces yo me transformé en una especie de Mercurio entre Esther y Casaravilla para llegar a los últimos ajustes, que eran laboriosísimos, y para los que debía tenerse mucho tacto, mucho cuidado, mucha escrupulosidad en todos los detalles para no herir al Poeta que, con lucidez perfecta, presentía su fin pero que al mismo tiempo analizaba meticulosamente cada palabra, su musicalidad y su fuerza en el verso. Habría mucho para decir de aquellos días tristesísimos en los que parecía haberse borrado para él, toda esperanza. Aparte de Esther, con la que fuimos muchas veces a la casa de salud donde Casaravilla esperaba la muerte, pocos fueron los que estuvieron con él; Esther misma fue espaciando cada vez más sus visitas, porque su sensibilidad no soportaba las palabras y la visión disminuida del enfermo. Pero quiero destacar aquí dos presencias que le hicieron mucho bien: porque le ofrecieron afecto y una amistad que era de veras y él así sintió: el Pintor Carmelo de Arzadum y su fina esposa Mi-

caela. Frente a insistentes pedidos de doña Micaela, los llevé una tarde hasta la quinta de El Prado y en larga conversación, como aquel atardecer de verano, casi no se hizo otra cosa sino recordar con nostálgica alegría el tiempo pasado y, especialmente, a los integrantes de aquel grupo fermental que se llamó Teseo, que Casaravilla integraba junto con otros intelectuales vigorosos, y sobre los que ha caído un manto de obstinado silencio, no obstante su fuerte influencia en la cultura nacional. Casaravilla vivía en soledad y sostenido sólo por una fe robusta en la presencia del Espíritu "que es dulce huésped del alma". Yo lo visitaba casi diariamente y una mañana, al preguntarle cómo había pasado, rápidamente su voz sonora con registros graves de órgano, respondió: —¿Cómo voy a pasar?... ¡Pésimo! Y me relató detalles de la sintomatología de su mal, que avanzaba implacable, pero después, mirándome fijamente agregó con suavidad: —No podía dormir..., me pasó la noche despierto meditando eso del Evangelio de San Juan, que Dios es Espíritu. Y volvía entonces a confiarme su angustia frente a la proximidad del fin inexorable aunque lejano, porque cada uno en ese instante posee el extraño poder de desterrar esos pensamientos hasta mucho más allá de los horizontes más extendidos. Y sólo alcanzó el sosiego, la paz total, luego de una larga conversación con un Sacerdote Capuchino que, a su pedido, llevé a su lado no sólo porque pensaba que detrás del religioso de algún modo estaba San Francisco, de quien gustaba repetir aquello: "muriendo se resucita a la vida eterna", sino porque Casaravilla tenía la facultad de descubrir en todo, la belleza, el buen gusto, la fineza, la gracia..., y yo pensaba que la poblada barba del Capuchino, su pardo sayal, su cíngulo blanco anudado en derredor de su cuerpo..., todo eso, contribuiría a crear el ambiente necesario para la grave conversación. Y así fue. Cuando me llamaron a la pieza, Casaravilla estaba resplandeciente, con un rostro que parecía luminoso y que hasta sonrió luego de tanto tiempo de un gesto hosco y reconcentrado.

Bastante después de su muerte, hablándome de aquella alma tan torturada y tentada, el religioso me narró que luego del diálogo intenso quiso retirarse pero Casaravilla le pidió se sentara al borde de su cama. A sí lo hizo y hablaron ya en otro tono de muchas cosas y, mientras conversaban, Casaravilla con sus manos de dedos largos como llamas, jugaba con sus barbas, casi como si pulsara las cuerdas de una harpa prodigiosa.

Saúl Dieste Saint Martin.

Le a

"LA PLAZA"

Participe

Suscríbese